

Cuando se ama,
incluso se puede prescindir de la felicidad.

La vida es bella aún cuando se sufre.

Vivir es grato,
cualquiera que sea la clase de vida.

—Dostoievski

Cementerio de sirenas

Existe un lugar donde las sirenas van a morir. Está junto a unos acantilados en los que el mar se traga la tierra y alcanza profundidades abisales. Sobre las sirenas se dice tanto que son ninfas celestiales como bestias traicioneras. Ambas impresiones son ciertas, al igual que con las personas; sin embargo, en ellas esta dualidad es singularmente distinta. Las sirenas son criaturas inestables, con corazones tan sensibles que las corrientes de agua marcan el ritmo de los latidos. Ellas saben que, tras el esplendor de la juventud, poco a poco se les endurece el corazón, que tal perniciosa enfermedad se extiende y pudre luego la carne, los nervios y la sangre. Así las sirenas se transforman en arpías y, aunque ganan el privilegio de cambiar de elemento y es el aire —en lugar del agua— lo que se vuelve natural, esta segunda vida es en ellas, por lo general, más aborrecible que la muerte.

Muchas sirenas, cuando notan que se les agrietan los dedos, llenas de dolor y terror nadan kilómetros y kilómetros hasta alcanzar dicho acantilado, en un recorrido en el que las lágrimas se unen al

fluir de las mareas. En las inmediaciones de los riscos se detienen y deambulan: esperan una noche de tormenta. Es una espera terrible. Solas y desconsoladas pasan los días, se despiden de la vida e intentan hacer acopio del valor que les queda mientras las aguas se vuelven frías y negras. Así la furia del mar acaba lanzando los delicados cuerpos contra las punzantes rocas. Dos o tres batidas son suficientes para que expiren y para que el cadáver se hunda luego en las profundidades. No obstante, en el lecho marino todo es reposo, y allí la simpática fauna —con quienes tantas veces jugaron en vida— devuelve el favor. Ya sean peces multicolores, pulpos, cangrejos ermitaños o caballitos de mar, todos arropan a las exánimes sirenas, arrastran los restos y las entierran ceremoniosamente. No en vano, buscan lugares en los que la luz acude al abismo en ángulos determinados, y estos obran de forma milagrosa, pues transforman los cadáveres en prominentes esculturas de coral.

«¿Cómo puedes saber eso?», se preguntará quien me escuche. Lo sé porque lo he visto, el cementerio de sirenas. En una ocasión, en una de mis aventuras, por un motivo que todavía no alcanzo a comprender una arpía se apiadó de mí. Tenía ya las fauces, semejantes a sierras, a punto de cebarse en mi hígado. No seré ni el primero ni el último que sucumbe al seductor influjo de un bello canto y que, con el avance atolondrado de una criatura sin cerebro, salta solícito en las redes de quien quiere devorarte. De todas formas, en aquel momento de fortuna el rostro amargo y lleno de inquina de la arpía se enterneció y, por un momento, recuperó la beatitud que debió de haber tenido de juventud. No me dio explicaciones, solo me dejó marchar y me dijo que, a cambio de devolverme la vida, debía visitar el fondo del acantilado del que os hablo. «¿Cómo, si no soy más que un mortal?», objeté. «Apenas aguanto el aliento un minuto bajo el agua». Como respuesta, la arpía cogió una caracola de la playa, se arrancó un mechón mustio de cabello y se hizo un corte en el antebrazo. De la herida manó sangre, que recogió en la caracola y mezcló con el mechón hasta que el fluido, antes rojo y brillante, se tornó

parduzco. Me dijo entonces: «Bébelo cuando saltes al mar. Llega hasta el fondo y pasea por el cementerio. No es grande, no te llevará mucho tiempo. Después, lleva a mis hermanas en la memoria mientras vivas».

¿Qué cómo es el cementerio de sirenas? De una belleza lacónica. Un jardín sin visitantes, guardado por almas invisibles y mecido por un viento de cenizas. Parece que resuenan los ecos de una alegría vencida, campanas que vibran débiles y lejanas bajo la arena. Es un monumento a la reflexión, un sedimento de recuerdos indescifrables; aun envuelto en la paradoja, sentí que era una plaza de inefable eternidad. Allí se adivinan las fluyentes y sutiles siluetas de mil figuras femeninas que fueron, todas ellas, durante un instante al menos, las únicas y más bellas. Una suerte de fulgores paralizados que esquivan cualquier observación y solo se perciben con un remanente fugaz. Estuve dos horas largas paseando por el cementerio, recorriendo las calles, admirando los obeliscos, arcos y otras estructuras de coral nacidas de los cuerpos de las sirenas, ya irreconocibles e indistinguibles unos de otros. Sin alcanzar a comprender cómo, esa extraña ciudad, aunque desigual y laberíntica, me transmitió una latente sensación de equilibrio y armonía. Es como si las almas de las difuntas acogiesen con natural simpatía el cuerpo de cada nueva compañera, el cual, en un vuelo libre de pensamientos y pesares, se desliza hasta esos dominios con la grácil caída de una pluma.

De allí me marché exhausto, con el pecho afectado por una presión extraña, faltándome el aire, y con la parte más filosófica del espíritu preguntándome qué extraños y sorprendentes rincones esconde la simple idea de belleza. Si alguna vez me pareció plana, desde entonces se volvió poliédrica e insondable. Y no he podido más que convenir en ideas confusas, en razonamientos ambivalentes y tan poco sólidos como las mismas sirenas. Pero he llegado a entender por qué cuando una sirena ama se percibe siempre en ese amor un regusto triste y melancólico, pues son demasiado conscientes de la brevedad de los momentos de dicha. Adviértase que no

tienen la posibilidad de contemporizar el dolor ni las emociones, que carecen del privilegio de dejar que el tiempo cure las heridas, de volverse sabias a fuerza de años. Por el mismo motivo, si uno tiene la fortuna de conocer a una, no debe enfadarse nunca con ella, aunque le hiera el capricho de ese ser de fantasía. La volatilidad es en ellas tan natural como en nosotros el respirar, y sería de brutos culparlas por ello. Con una sirena la palabra debe ser siempre un susurro y, todo contacto, una caricia.